nos llevaron á un jardin con el objeto de salvarnos.

—¿Estuvísteis allí con el general y el teniente Singeot?

—Sí, señor.

—¿Quiénes eran los que os acompañaban?

—Yo no los conocia; habia insurgentes; pero los que nos escoltaban en su mayor parte mostraban buenas intenciones.

—¿Habia allí mucha gente?

—Como veinte personas, y cuando cerraron la puerta, pasamos al jardin.

—El consejo ha visitado aquellos lugares y ha tomado muy bien las señas de ellos. La portera de la casa, ha dicho que cuando vosotros llegasteis, apenas habia en la cochera cinco ó seis hombres.

—La portera se engaña, habia muchos mas.

—¿Entre la casa y el jardin, habia un patio?

—Sí, señor.

—¿Ese patio estaba separado del jardin por un pequeño enrejado?

—Sí, señor.

—¿Cerraron este enrejado, luego que vosotros entrasteis?

—No me acuerdo.

—¿Os encaminásteis al fondo del jardin?

—Poco despues, con el general.

—¿Qué pasó allí?

—Al momento que llegamos allí, el teniente Singeot, brincó sobre un bosquecillo que habia cerca de la pared, formando escala, y saltando aquella, se salvó. En este momento, la multitud forzó la puerta de entrada é invadió el jardin.

—¿El general se acercó á la pared en el estremo del jardin?

—Sí, señor:

—¿Quién estaba cerca de él?

—No puedo acordarme: yo no lo perdia de vista, y aunque deseaba salvarme, no lo queria intentar antes que él, ni sin él

(Esta declaracion de Mr. Gobert fué acogida por un murmullo general de aprobacion).

Presidente.—Se ha dicho que pasaron diez minutos desde que entraron en el jardin hasta el momento en que fué invadido.

—Oh, no: el tiempo no fué tan largo.

—Hubo en esta circunstancia una fatalidad bien deplorable. Si al entrar en el jardin, hubiérais tomado por el lado izquierdo, en lugar del derecho, hubierais pasado sin dificultad y el general se hubiera salvado así como vos. ¿No os acordais, si el general fué asido por alguno, impidiéndole que saltase la pared?

—En cuanto á eso diré lo que aconteció: Cuando comparecí ante Mr. Lacaille, oí decir á uno que el general al querer saltar la pared, fué cogido por el pié; pero digo que esto no es cierto, porque la pared no tiene altura suficiente para agarrar un pié á cualquiera que quiera saltarla. Por otra parte, yo no apartaba mi vista del general y hubiera notado ese hecho si fuese cierto.

—¿Habia mujeres en el jardin?

—Sí, señor.

—¿Las conoceríais, si os las presentasen?

—No, señor.

—¿Habia tambien hombres?

—Sí, señor.

—¿Los reconoceríais?

—No, señor.

Presidente.—Seguid vuestra declaracion.

Mr. Gobert.—La multitud nos arrebató y nos arrastró á la casa en medio de los alaridos mas espantosos, subimos y allí encontramos al capitan Mangin.

—En esa casa hay un pozo ¿no os detuvieron cerca de él?

—He dicho que Mangin se encontró entre nosotros; pero lo separaron despues junto con el general y los condujeron á los altos, y como iban delante, creyeron los insurgentes que me acompañaban que los iban á salvar, y que se les escapaban, y al momento se arrojaron sobre mí, depojándome de mis insignias y golpeándome por todo mi cuerpo; no contentos con eso me asieron de los cabellos y la barba y me acribillaron la cara á porrazos. A tales violencias opuse un esfuerzo desesperado y me desprendí de los que me tenian afianzado; á pesar de los fusiles que me rodeaban, me lancé á los altos de la casa y me uní al general,

—¿Reconoceis entre los reos, á algunos de los que os maltrataron de ese modo?

—No puedo conocerlos, porque recibia golpes de todos; me arrancaron la barba y los cabellos, tenia las piernas magulladas de culatazos. Tiempo despues, cuando me hallaba en el cuartel general, se me presentó un hombre diciéndome: ¿me conoceis? acabo de salvaros en el Gran Salon; este hombre tenia un sombrero de paja.

El reo Brassat.—Ese hombre era yo; vos me dísteis las gracias y vuestra tarjeta.

M. Gobert, ecsaminando al acusado:—No, no sois vos.

M. Cresson.—Llamo la atencion sobre la circunstancia de que en ese dia, Páris llevaba un sombrero de palma.

Páris se levanta. M. Gobert dice:

—Sí, este es quien me habló en el cuartel. De todas partes salia el grito de: "Ese de la 11ª ha tirado contra nuestros hermanos: es preciso fusilarle;" y Páris fué quien dijo:—"No hay tal; ¿no estais viendo que es de la 12ª?"

El presidente.—¿Vísteis en el Gran Salon á este hombre del sombrero de palma?

—No.

Brassat.—Pregúntese á Mr. Gobert si no reconoce en mí al que en la ventana del cuartel le dió tres ó cuatro apretones de mano.

M. Gobert.—No tengo presente las facciones del que me dió la mano; pero el hecho es cierto.

Brassat.—Y aun dije entonces: "La Providencia es tan grande, que ya estais en salvo; ¡cuánta no seria mi satisfaccion al ir á daros los buenos dias á vuestra casa!"

M. Gobert.—No recuerdo esa particularidad.

El acusado Guillermo hace mencion de que despues de la escena del jardin, salió en compañía de

Mr. Gobert, y pidió un vaso de agua con azúcar para el general, pagando por él 50 céntimos, de cuya suma le ofreció el general ponerle un vale.

M. Gobert.—En efecto, al subir me acompañó alguno; pero no sabré decir si mi acompañante era el acusado, ni tampoco afirmo lo contrario: me limito á afirmar que la circunstancia que menciona es cierta.

El presidente.—Cuando el general fué llevado cerca del pozo, ¿no oísteis esternar la idea de echarlo dentro?

—No oí tal especie. Todo el mundo gritaba. Le arrancaron al general una charretera; pero despues le fué devuelta.

—Cuando llegásteis al aposento del segundo piso, ¿qué pasó en él?

—Al entrar yo, estaba el general sentado delante de una mesa, y la multitud lo amenazaba y lo injuriaba. El capitan Mangin, que se portó con un valor heróico, trataba de defenderle. Querian que el general escribiese una proclama en que hablara del voto de la asamblea acerca de los tres millones, y le exhortaban á que firmase una órden para que se retirasen las tropas que se hallaban en la garita: el general se negaba á dar dicha órden. Los ciudadanos que se habian propuesto salvarlo, le dijeron: "General, es preciso que hagais de vuestra parte algo para ayudarnos: mientras la tropa permanezca ahí, es imposible llevar á cabo ningun proyecto." El general, cediendo á estas instancias, se decidió á dar la órden de que ya tiene conocimiento el consejo. Esta escena duró unos tres cuartos de hora. De repente oimos estallar en el patio los gritos de muerte de la turba. Uno de los ase

sinos tenia la espada del general y el sable de M. Mangin; se dirigió hácia la ventana, y enseñándole las armas á la multitud, le oimos esclamar: "Ya están en nuestro poder; no tengais cuidado, que no se nos escaparán."

El presidente.—¿Reconoceis entre los que aquí se hallan, al que virtió esas espresiones?

M. Gobert, señalando á Bussières.—Lo reconozco: este es,

—¿No tenia en la mano una espada desnuda?

—No.

—¿En qué piso de la casa se encontraba?

—En el segundo.

—¿Estaba en la ventana del cuarto, ó en la del descanso?

—Me parece que en esta última.

—¿Era de los que querian obligar al general á escribir?

—Estoy en que sí; sin embargo, no puedo afirmarlo. El señor *maire* llegó y le dije: —"Señor, ¿no podeis hacer nada en favor nuestro?

—Es muy dificil, me contestó, no tengo influjo ninguno para con esta plebe irritada." Entonces un individuo se le acercó y le dijo:—"Tú, tú eres un bribon, y ya te daremos lo tuyo." Los habitantes de esta casa querian ver concluida esta escena: temerosos de que se cometiese allí mismo un asesinato, propusieron que fuésemos conducidos al cuartel principal. Esta proposicion fué al punto aceptada por los que querian ponernos en salvo, y eso mismo pedian los que se hallaban abajo. En consecuencia, fuimos conducidos á dicho cuartel, en donde volvimos á encontrarnos con el comandante Desmarets.

—¿Quién ó quiénes os acompañaron?

—Nourrit, un bombero, este precisamente (al

decir estas palabras, Mr. Gobert señala á Lahr con el dedo, y continúa): tambien venia Choppart, con un convite de club en la chupa.

—¿Llevaba alguna insignia el bombero?

—Tenia insignias de cabo.

—Llevaba casco?

—No, sino un képi.

—¿Tenia bigote?

—No.

—¿Era hostil?

—No mucho; pero estaba constantemente sobre nosotros, y no nos perdia de vista.

—Y Choppart, ¿qué actitud guardaba?

—Me pareció no ser demasiado hostil; pero estaba muy animado

—Decís que en el cuartel principal encontrásteis á Desmarets; referid lo que pasó entonces.

—Nos encontramos allí con M. Desmarets. Viel, que estaba en la puerta, me dijo: "Comandante, no entreis porque os fusilan." A esto contesté: "He venido acompañando al general, y no seré yo quien lo abandone. Dejadme entrar." En el cuartel habia guardias nacionales. Supongo que lo eran, no obstante que no vestian uniforme, porque guardaban una actitud pacífica. Solo el teniente estaba de uniforme. Estos salieron del punto cuando fué invadido por la multitud, y no les fué posible volver á entrar, quedando por consiguiente en su poder. Las amenazas contra el general volvieron á comenzar con nuevo furor. Le hicieron sentarse á una mesa, ecsigiéndole que firmara una órden para que se retiraran las tropas. Un individuo se acercó á M. Desmarets y le dijo:—"Eres tú de la móvil?—No, contestó éste, soy del 24 ligero. —Bueno, pues si tu batallon está en la garita, dále órden de que se marche.—Eso no, nunca, replicó M. Desmarets, fusiladme si quereis; pero yo no he de firmar esa órden." (Sensacion). Los gritos de muerte redoblaron; el general que se habia puesto en pié, fué arrastrado á un rincon oprimiéndole la garganta. Nosotros nos acercamos á él para libertarlo.

El presidente.—¿Quién fué quien le echó mano al cuello?

—No me fué posible distinguir bien sus facciones: era uno de los mas furiosos. No le veo entre los acusados. Estas vociferaciones duraron cerca de dos horas. Ví que hacian salir del cuartel á todos aquellos que habian mostrado tener simpatías por nosotros: entonces me acerqué al general, y le dije: "General, la hora fatal ha sonado ya."

—Así, pues, ¿notásteis que á un momento dado se concertaron los asesinos para dar el golpe?

—El furor iba siempre en aumento. Ya varias veces habian querido fusilarnos; pero no faltó quien les impidiera llevar á cabo sus designios. Varias veces estuvieron los fusiles abocados contra nosotros; pero siempre hubo quien los desviara de nuestra direccion. En vista de esto, los asesinos hicieron salir del cuartel á los que estorbaban sus intentos. Hubo un instante de silencio espantoso.... despues oí el grito de: "¡Fuego! ¡fuego! ya se acerca la guardia móvil." A este grito, todos los fusiles se abocaron contra nosotros. Se oyó un tiro, y el general cayó por tierra. Entonces me dejé caer para librarme de la descarga que iba á seguirse, y hallándome inmediato al lecho de campaña me oculté bajo de él. Los asesinos siguieron disparando. El capitan Mangin fué herido en un carrillo, y cayó de rodillas lanzando un grito espantoso y llevándose las manos á la cabeza. Los sediciosos penetraron en el cuartel. Uno de ellos gritó: "Debajo de la cama está escondido uno.—Fusilémosle," contestaron todos. Algunos me apuntaron con sus fusiles pero en ese momento entraron otros varios, y oí los culatazos que descargaban sobre el general y sobre M. Mangin. Afortunadamente para mí, la multitud invadió el cuartel, y lanzó clamores de horror á la vista de los dos cadáveres tendidos en el suelo. Los sediciosos se alejaron, y se cerró la puerta del cuartel. Aguardaba yo por momentos que viniesen por mí para fusilarme, cuando oí el ruido de un cristal que caia, y una voz que me llamaba. Antes de abrir, vacilé un tanto, por el temor que me acometió de ser fusilado en el dintel de la puerta. Sin embargo, tan cansado estaba yo de la duracion de esta escena, y tan trastornado por la vista de los cadáveres en cuya compañía estaba encerrado, que me decidí á hacer el sacrificio de mi ecsistencia: me lancé fuera del cuartel, y me encontré con Antonio Guimbal, artesano honrado, quien me condujo á su casa, me dió su blusa, y habiendo salvado una pared, me encontré en el campo.

El presidente.—¿Qué sabeis acerca de Nourrit¿

M. Gobert.—Cuando tuvo lugar el movimiento de que he hablado, Nourrit salió del cuartel y poco despues le ví en la ventana. Me parece que él fué quien disparó primero que ninguno contra el general.

—¿Quiénes estaban en el cuartel?

—Luego que salieron de él nuestros amigos, salieron tambien los sediciosos, y entonces fueron disparados los tiros.

—¿A quiénes de los acusados teneis presentes?

—A Daix, que hacia salir del cuartel á nuestros amigos.

—¿Y Lebelleguy?

—A ese lo ví en la ventana, al lado de Nourrit.

—¿Estaba armado?

—No recuerdo esa circunstancia. Apenas pasé la vista sobre él.

—Habeis dicho, sin afirmarlo, que Daix entró al cuartel despues del asesinato, y les dió de culatazos á los dos cadáveres; ¿no es eso?

—Daix afirma que varias cosas que les fueron dichas á otros, le fueron dichas á él; entre otras cosas, respecto al cumpleaños del general, lo que pasó fué que el general me habló de dicho aniversario, y yo le contesté:—"General, hoy es tambien mi cumpleaños:" por consiguiente, no fué á Daix á quien le habló el general de su cumpleaños. En segundo lugar, debo decir que uno de los sediciosos defendió al general con un valor admirable; pero no era Daix, porque aquel era un hombre bajo de

cuerpo, pecho ancho y prominente, y la cabeza algo unida entre los hombros: varias veces le dijo al general, llevándose la mano al corazon: "No temais nada, general, aquí estoy yo para defenderos, y antes que os toquen caeré hecho pedazos." El general le profesaba el mayor reconocimiento; pero le hicieron salir del cuartel junto con los demas que nos eran favorables. Daix asegura que al entrar al cuartel gritó: "¡Deteneos! deteneos!" á los que ya estaban dispuestos á fusilarme. De buena gana le estaria muy reconocido; pero en conciencia, nada puedo agradecerle.

—¿Y qué es lo que os hace suponer que Daix fué uno de los primeros que penetraron en el cuartel?

—El haber dicho que fué él quien gritó; el hecho de haber gritado el primero que entró, y de haber sido este mismo quien comenzó á descargar culatazos sobre el cadáver del general.

—Todo esto es evidente: ¿y Lahr?

—Lahr se paseaba por el cuartel, con su carabina en la mano, y era de los mas ecsaltados.

—¿Era hostil al general?

—Algo, pero no mucho.

—¿Y en qué os fundásteis al decir que tenia influjo sobre los que allí estaban?

—Pensé que podria tener influjo por la circunstancia de ser el único que vestia uniforme.

—¿Teneis algo que imputarle á Choppart?

—No, nada.

—¿Era uno de los que andaban despejando el cuartel?

—Me parece que sí.

—¿Y los Vappreaux?

—No tengo muy presente al menor: solo recuerdo que por ahí andaba un hombre con blusa blanca y sombrero gris.

El Presidente hojeando el espediente:—En efecto, tal era el trage de Vappreaux el menor.

Vappreaux el menor:—Con vuestro permiso, coronel, hago presente que la blusa que llevaba yo era azul.

El Presidente, consultando de nuevo sus apuntes:—Es cierto, me habia yo equivocado.

M. Gobert.—En cuanto á Vappreaux el mayor, nada tengo que decir contra él.

Daix, con aspecto solemne:—Un hombre de blusa azul, cinturon negro y con la cabeza envuelta en un pañuelo entró al cuartel: ¿qué fué lo que hizo allí?

M. Gobert.—No sé lo que quereis dar á entender.

Daix.—Seré mas esplícito. El hombre de quien hablo se acercó al general y al capitan Mangin y les dijo: "Sentaos aquí para que esteis con mas comodidad."

M. Gobert.—¿Y bien?

Daix.—Ese hombre era yo: ese hombre fué derribado sobre la cama de campaña por los insurrectos.

M. Gobert.—No recuerdo ese hecho.

Daix, con calor.—Sí; yo era quien queria salvar al general, y quien os ha salvado á vos. Ví un fusil dirigido contra vos, y esclamé blasfemando el santo nombre del Señor: "¡Voto á Cristo, no dispareis!" Y á mí es á quien sois deudor de la vida.

M. Gobert.—Dificilmente podré creerlo.

Choppart.—Pido se me permita recordar un hecho al testigo. ¿No tiene presente si estaba herido en la nariz cuando entró al Gran Salon, que allí pidió agua, y que yo mojé mi pañuelo en una vasija, ofreciéndoselo luego para que se lavara su herida?

M. Gobert.—Sé que estaba yo herido, y que entré á un aposento en donde me lavé el rostro.

Choppart, con política. ¿No tuve el honor de hablaros en ese acto, como un hombre bien educado habla con otro hombre bien educado tambien?

M. Gobert.—No recuerdo todos esos pormenores.

Daix.—Suplico á M. Gobert diga si recuerda con toda esactitud cuando le quitaron al general su *desgraciada* charretera.

M. Gobert.—No.

Daix.—¿No recuerda M. Gobert que el general, paseándose por el cuartel, se acercó á una puerta cerrada con candado, y que un individuo le gritó: "No os acerqueis á esa puerta *perniciosa*" á lo cual contesté: ¿Por qué ha de ser *perniciosa* esa puerta? ¿puesto que tiene candado, el general no se ha de escapar por ella?"

M. Gobert.—No recuerdo esa conversacion.

M. Plee.—¿Hay posibilidad de que un hombre se coloque entre la cama de campaña y la hoja de la puerta?

M. Gobert.—Es imposible.

Daix.—Que se reconozca el cuerpo de guardia, y se verá que si es posible.

M. Gobert.—Cuando fueron disparados sus primeros tiros, no estábamos mas que nosotros cuatro en el cuerpo de guardia.

El Presidente.—¿Luego no reconoceis á Vappreaux el menor?

M. Gobert.—Habia allí uno que le era algo parecido.

M. Obriot, defensor de Vappreaux.—Despues de lo dicho por Vappreaux el menor, que padece estrabismo, el consejo comprenderá toda la importancia que para él tienen las deposiciones de los comandantes Desmarets y Gobert. Estos dos señores comandantes son hábiles fisonomistas, como lo son todos los oficiales acostumbrados á reconocer á sus soldados: ahora bien, es constante que ambos comandantes (que han sido los testigos íntimos de la muerte del general) no han reconocido á Vappreaux, el que tambien llevaba un sombrero gris, por haber sido quien disparó el primer tiro contra el general. Una circunstancia muy desgraciada y por siempre deplorable es la separacion establecida en esta triste causa. Algunos individuos han sido puestos á disposicion del consejo de guerra, mientras otros, acusados de igual crímen, han sido trasportados, y es evidente que si estos últimos se hallaran sentados en el banco de los acusados, los comandantes Desmarets y Gobert, cuyas deposiciones son tan conformes é importan-

tes, reconocerian entre ellos al hombre de sombrero gris que fué el primero en disparar contra el general, y la justicia sabia de cierto á qué atenerse respecto á mi cliente.

Bussieres.—¿Recuerda el testigo que le fué devuelta su charretera, en el Gran Salon?

M. Gobert.—Sí, pero la dejé sobre la mesa. No me pareció útil volverla á tomar, porque presumí que al salir del Gran Salon volveria á ser despojado de ella.

Bussieres.—Yo fuí quien os volvió esa charretera.

M. Gobert.—No os reconozco.

Bussieres.—En prueba de ello, recordad que cuando quise ponérosla advertí que estaba rota y os dije: "Voy á pedir hilo y á darle aquí unas puntadas."

M. Gobert.—No recuerdo esos incidentes.

Bussieres.—Es fácil certificar el hecho de si estaba ó no rota la charretera, porque el testigo debe haberlo visto al entrar á su casa.

M. Gobert.—Mientras estuve oculto en el cuerpo de guardia, me despojé del uniforme, para que no sirvieran de blanco los botones de metal que tenia, y allí se quedó.

M. Philippon de la Madelain.—¿En qué circunstancia fué cuando le quitaron al general su espada?

M. Gobert.—Le fué quitada y devuelta varias ocasiones.

El Defensor.—¿Es cierto que la registraban para ver si tenia grabadas flores de lis, y que decian que era espada de partidario de Enrique?

M. Gobert.—Cada vez que le tomaban al general su espada, decia: "No veis que es una espada de honor que me ha sido otorgada?" y les hacia leer lo que tenia grabado en la hoja.

Daix.—Yo no procuraba sino el bien del general, y si todos los que allí se encontraban hubieran sido buenos ciudadanos como yo, el pobre general aun estaria en pié.

M. Chartelier.—¿Cuáles eran las opiniones que se esternaban en los grupos?

M. Gobert.—No habia mas que una sola opinion. "¡Mueran, es fuerza fusilarlos!" aun hubo un individuo que esclamó: "¡Cómo! ¿todavía no están despachados? En tiempo de revolucion es preciso ser espeditivo." A cada instante aguardábamos caer bajo los golpes de nuestros asesinos, y si nuestra agonía se prolongó, culpa es de los amigos que querian salvarnos.

M. Chartelier.—M. Gobert, que con su honrosa conducta ha rehabilitado á la 12ª legion, esa legion disuelta, puede decir si oyó proferir en la barrera las opiniones que estaban á la órden del dia el 23 de Junio.

M. Gobert.—No se trataba de otra cosa que de fusilarnos.

Dugas.—M. Gobert acaba de hablar de un hombre de rostro ennegrecido, que hizo los mayores esfuerzos para salvar al general. Ese hombre era yo.

M. Gobert, despues de mirarle.—No os reconozco.

M. Detours, representante del pueblo.—Suplico al testigo diga si los individuos que invitaron al general á pasar la reja fueron los mismos que le condujeron al Gran Salon.

M. Gobert.—Me parece que no.

M. Detours.—De modo que, segun el sentir del testigo, no hubo traicion.

M. Plee.—Esa cuestion es distinta; y preguntaré á mi vez si los que escoltaban al general tenian conocimiento de los embustes fraguados para atraer al general.

M. Gobert:—Cuando le dijeron al general que avanzara sin temor, estaba ya decidida nuestra prision; lo que me hace creer esto, es que al entrar nosotros cerraron inmediatamente la puerta y esclamaron: "¡Ya están en nuestro poder!"

—¿Habia entre ellos algunos de los acusados?

—No reconozco á ninguno.

M. Detours.—Voy á hacer otra pregunta, que espero no será mal interpretada. No hay entre todos nosotros quien aborrezca mas que yo á los asesinos del general de Bréa. Mi pregunta es esta: ¿No le reprochaban los insurrectos al general el haber fusilado el dia anterior á varios prisioneros?

M. Gobert.—Ese era un cargo que se nos hacia á todos, no directamente al general.

M. Chartelier.—Cuando fué hecho prisionero el general, las intenciones de los que lo apresaron ¿eran simplemente tener rehenes, ó fusilarlos? Este es un ejemplo terrible para lo futuro.

M. Gobert.—No hubo vacilacion ninguna: desde el momento que nos apresaron estábamos destinados a la muerte.

El Presidente.—¿Tampoco hubo vacilacion en el cuartel principal?

M. Gobert.—No. Desde la garita, no se oia otro clamor que el de: ¡Mueran!

El coronel Desmarets.—Afirmo que estábamos destinados á la muerte. Tan luego como traspusimos la reja, esta fué cerrada, y por todas partes resonó el grito de: ¡Mueran! Cuando los sediciosos salieron del cuerpo de guardia, estaban ya de acuerdo. Estábamos sentenciados á muerte: no hay duda.

M. Detours.—La charretera que os arrancó Gauthron, ¿está aquí?

M. Desmarets.—No: solo está mi contra-charretera: aquella me fué entregada en el cuerpo de guardia; pero como creí no necesitarla ya mas, la dejé sobre la mesa (sensacion).

El Presidente.—¿Quién os arrebató vuestra espada?

M. Desmarets.—Fué Guillermo. Añadiré que nosotros cuatro fuimos los únicos que quedamos en el cuerpo de guardia cuando lo desocuparon los sediciosos. Debo la vida á la voz misteriosa que me aconsejó desconfiara de la ventana, y tambien á M. Dumont.

El Presidente al testigo Gobert.—El consejo no quiere que acabeis de hacer vuestra deposicion, sin felicitaros antes por la abnegacion y la honrosa conducta con que os habeis portado.

Estas palabras hallan eco en el auditorio, que

las apoya con un sentimiento unánime de aprobacion.

Augusto Adolfo Viel, testigo, es llamado á deponer. Reconoce los cuerpos del delito que están sobre la mesa, y reconoce asimismo á Choppart, Daix, Naudin y Vappreaux el mayor: á continuacion se espresa así:

Cuando entré al cuerpo de guardia, iba á hacerlo tambien el comandante de la 12ª legion, y le dije: "Comandante, no entreis porque van á mataros."—"He venido en compañía del general, me contestó, y no quiero separarme de él." Daix decia: "Que salgan los que no traigan armas."

Nourrit fué del lado de la bomba, y tomó allí un fusil: despues vino hácia mí con un aspecto singular, diciéndome: "Y bien, ¿qué es lo que dices, eh?" volvió á salir, y oí gritar por la parte de afuera: "¡Es fuerza fusilarlos!" M. Mangin, cansado de la duracion de esta escena, se desabotonó el uniforme y dijo: "¡Si quereis fusilarnos, aquí está mi pecho, heridme!"

El general de Bréa les decia á los que querian hacerle firmar una órden para que se retiraran las tropas: "Yo soy un soldado viejo, y no me asusta la muerte: fusiladnos: no he de firmar esa órden."

Luego que los sediciosos salieron del cuerpo de guardia, fué disparado un tiro, y el general cayó, herido en el pecho. El segundo tiro hirió á M. Mangin en el rostro, y cayó de rodillas lanzando un gemido y llevándose las manos á la cabeza.

Momentos antes de su muerte, el general quiso salir. Daix, que estaba á un lado con el fusil al brazo, le dijo: "No avanceis: sois nuestro prisionero: no podeis salir."

Choppart tiró del lado de la puerta, y Nourrit del de la ventana.

El presidente.—Sobre quién disparó Choppart?

—No sabré decirlo.

—¿Nourrit fué quien disparó el primer tiro?

—Sí, mi coronel, y despues de él dispararon los demas. Nourrit, despues de haber disparado, volvió á entrar al cuerpo de guardia, y acabó con el general á bayonetazos.

Un movimiento de horror circula por el auditorio al llegar el testigo á esta parte de su narracion. El presidente le pregunta cómo han llegado á su noticia esos hechos, y él contesta:

Ví entrar á Nourrit al cuerpo de guardia, acompañado de otro individuo á quien no conozco, y que descargó repetidos golpes sobre el capitan Mangin, volvieron á salir de nuevo, y las descargas continuaron.

—¿Choppart tiró antes ó despues de Nourrit?

—Nourrit fué el primero que tiro, y despues de él los demas.

—Y Daix, ¿qué hizo?

—Le ví tirar desde afuera.

—¿Y Vappreaux?

—Era el mas encarnizado cuando el general llegó al cuerpo de guardia.

—¿Quién dió la voz de "¡Fuego!"?

—Oí á Nourrit que gritaba: "Ahí viene la móvil ¡traicion! ¡Fuego! ¡fuego!"

Choppart.—Pido se dé lectura á la primera declaracion de este testigo.

El Sr. presidente le da lectura.

Choppart, quien por su actitud melodramática es de creerse que debe haber obtenido repetidos triunfos en los clubs, lo cual esplica que fuese gefe de uno de ellos y el por qué llevaba en su cachucha una proclama, se para frente al testigo y le dirige este apóstrofe:

—Decís que me habeis visto tirar; y no fué sino á Maillard á quien vísteis. En seguida añade con ecsaltacion:

—No decís nada de eso, porque hasta hoy habeis estado esplotando á la madre de Maillard, de lo cual tengo pruebas que presentaré. Pero hay otra justicia superior á la de los hombres, una justicia que os juzgará; y esta justicia es la justicia de Dios!

Al concluir su apóstrofe, que no produce impresion alguna, Choppart se deja caer en su asiento, como agobiado bajo el peso de sus emociones.

Viel, con la mayrr calma.—La madre de Maillard tiene una fondita en que almorcé un dia con un capitan que pagó el gasto.

Choppart, gesticulando.—En mi mano ha estado haceros arrestar.... Vos fuísteis el asesino del general; vos quien en la calle Vandrezaune queriais que fusilaran al de la móvil (recalcando) queríais—co—mer—le—el—co—ra—zon.

Viel.—No estuve en la calle Vandrezaune.

El Presidente. — Testigo, ¿reconoceis á Lahr?

Viel.—Sí: el fué el propagador de los gritos de muerte. Lo conozco tan bien, que quince dias despues, al pasar por una vinatería le ví bebiendo, y dí su filiacion. En la misma noche le arrestaron.

—¿Qué vestido llevaba el 25 de Junio?

—Una chaqueta de bombero.

—¿Y qué llevaba en la cabeza?

—Un casco.... no.... hace ya tanto tiempo de esto, que no recuerdo muy bien.... el juez de instruccion recibió mi declaracion.

—¿Llevaba algúna insignia?—Sí, cintas de cabo.

—¿Qué armas tenia?

—Una carabina.

Lahr.—Este testigo quiere una colocacion y un grado; le debe 60 francos á la madre Maillard, y esta no se atreve á cobrárselos, temerosa de que denuncie á su hijo; y para salvar á este me ha hecho arrestar á mí. Yo fuí quien le dije que era bombero y que habia visto cómo habia pasado la cosa con el general de Bréa. Bebimos los dos juntos con mi hermano, y yo fuí el que pagué el gasto. (al testigo) Negadlo, si podeis.

Se hizo presentar á M. Lemai, peluquero en la barrera Fontainebleau, quien declaró.

En mi primera declaracion, no hablé de un hecho personal, y quiero hacerlo en esta. He contribuido á salvar á una de las personas que estaban en el cuartel, y me ha ayudado en esta obra uno de los acusados nombrado Páris. Cuando entré en el cuartel se acababa de levantar el capitan Mangin y entonces ví á Lebelleguy fundir la espada del general en su cuerpo y sacarla teñida con su sangre; des-